

*Ella y la  
banca que  
no olvida*





## ÍNDICE

Prólogo .....	1
Capítulo 1 – El café que no estaba en el mapa .....	3
Capítulo 2 – Huellas en la lluvia.....	5
Capítulo 3 – La carta que llegó sin remitente .....	7
Capítulo 4 – Bancas vacías, relojes rotos.....	10
Capítulo 5 – La llamada de las 3:17 .....	13
Capítulo 6 – La mujer que hablaba con espejos .....	16
Capítulo 7 – La promesa olvidada .....	20
Capítulo 8 – Ecos entre sombras.....	23
Capítulo 9 – La carta sin remitente .....	27
Capítulo 10 – La sombra que espera .....	30
Epílogo .....	33
Sinopsis.....	34

# Prólogo

El mundo se detiene cuando ella aparece. No es solo una presencia, sino una fuerza invisible que mueve el tiempo y desdibuja los contornos de la realidad. Ella no se anuncia con palabras, ni con gestos claros; llega como la lluvia tímida que apenas toca la piel, como un suspiro perdido en el viento.

Este libro es un intento de atraparla, de descifrar lo que permanece oculto tras sus silencios, de seguir el rastro de sus pasos entre sombras y luces. Pero no es una historia con respuestas claras, sino un viaje a través de preguntas que se multiplican, de enigmas que se enredan y de momentos que parecen casualidades, pero que llevan la marca del destino.

Entre la lluvia, el parque, los espejos y las promesas olvidadas, comienza un juego sin reglas visibles. Un juego donde cada encuentro es un misterio y cada despedida una promesa.

Ella es la llave y la puerta. El misterio y la respuesta.

Y este es solo el comienzo.



## **Capítulo 1 – El café que no estaba en el mapa**

Era uno de esos días en que el cielo parecía una acuarela diluida, con grises que se confundían y una lluvia que no terminaba de decidir si caía o no. Caminaba sin rumbo definido, dejando que mis pasos me llevaran a cualquier lugar, excepto a donde esperaba.

Entre calles desconocidas y rincones que juraba no haber visto nunca, apareció ante mí un café pequeño y discreto, como si hubiera brotado de la nada. La fachada era antigua, con puertas de madera desgastada y ventanas empañadas por el frío que se colaba adentro. No estaba en ningún mapa, no en ninguna aplicación que usara para guiarme. Pero allí estaba, como esperando ser descubierto.

Entré sin pensarlo, casi como si una voz invisible me hubiera empujado a cruzar el umbral. El aroma a café recién molido me envolvió y, aunque el lugar estaba casi vacío, sentí que alguien me observaba desde la penumbra.

En una mesa cercana, una libreta con la tapa desgastada descansaba abierta, como si la hubieran dejado a medio escribir. Me acerqué con cautela y mis dedos rozaron las páginas, donde encontré frases que reconocí al instante. Palabras que yo mismo había escrito, pero también otras que no recordaba haber pensado.

La música suave del lugar empezó a sonar. Una canción que ella solía tararear, esas notas que a veces parecían hablar en

un idioma solo nuestro. Una melodía que me hizo cerrar los ojos y sentir que, aunque ella no estuviera, su presencia flotaba en cada rincón.

Entonces, al lado de la libreta, un sobre blanco, sin remitente, con mi nombre escrito en tinta azul. Mi respiración se aceleró mientras levantaba la solapa, sin saber si lo que iba a encontrar me daría respuestas o abriría nuevas preguntas.

Adentro, solo una frase: “No todo es lo que parece, y a veces el mapa es solo el principio del viaje.”

El café, el lugar, la libreta, la carta... ¿qué conexión tenían con ella? ¿Y conmigo?

Me senté, con el sobre aún en la mano, sintiendo que ese pequeño rincón invisible en la ciudad era mucho más que un café perdido. Era el primer paso de un camino que no sabía si quería recorrer, pero que ya había comenzado.

## Capítulo 2 – Huellas en la lluvia

La lluvia no cesaba. Caía con una insistencia que parecía querer borrar todo a su paso, pero también como si quisiera dejar una marca indeleble en cada piedra, en cada hoja, en cada rincón de la ciudad. Las gotas dibujaban caminos invisibles, como si fueran huellas que solo algunos podían seguir.

Caminaba con el abrigo apretado contra el frío, pensando en el café, en la libreta, en aquella carta sin remitente. Y entonces, sin darme cuenta, apareció ella. No como la recordaba, sino diferente, como si hubiera viajado por un tiempo que yo no conocía.

No me saludó como antes. Su mirada evitaba la mía y sus palabras eran breves, como si cada sílaba pesara toneladas. Pero había algo en su voz, un eco familiar que me hizo creer que, a pesar de todo, algo seguía allí, latiendo bajo las capas de distancia.

La reconocí en el temblor de sus manos, en la forma en que el agua formaba pequeños charcos alrededor de sus pies, y en la manera en que su silueta se fundía con la sombra de los árboles. Me pregunté si ella también sentía que el tiempo se había convertido en un extraño enemigo, jugando con nosotros a un juego que ninguno quería ganar.

Intenté acercarme, pero sus palabras fueron un muro sutil que me detuvo. “No estamos en el mismo momento”, dijo, dejando caer una frase que se clavó en mi mente. ¿Qué



quería decir? ¿Era acaso un aviso, una despedida o una promesa velada?

El mundo parecía haberse reducido a la lluvia y a nosotros dos, un espacio suspendido donde nada más importaba. Pero en esa calma aparente, sentí que había grietas, secretos escondidos bajo la superficie, esperando a ser descubiertos.

Mientras ella se alejaba sin mirar atrás, mis pasos siguieron las huellas que dejaba, con la esperanza de que, en algún punto, esas huellas se volvieran a cruzar con las mías.

## **Capítulo 3 – La carta que llegó sin remitente**

No todas las cartas tienen destinatarios claros. No todas las palabras están destinadas a ser entendidas de inmediato. Algunas llegan envueltas en misterio, como si quisieran que el tiempo, la distancia y la duda jugaran a su favor.

Ese día, el cielo estaba encapotado, gris y pesado, con una bruma que parecía envolver la ciudad en un suspiro constante. La lluvia había cesado hacía poco, dejando sobre las calles charcos que reflejaban luces y sombras. Caminé hacia el buzón de casa con la mente dispersa, pero mi atención se centró en un pequeño sobre blanco que sobresalía entre el resto del correo.

No tenía sello ni remitente. Solo mi nombre, escrito con una caligrafía que me heló la sangre: elegante, precisa, y a la vez familiar. Por un momento, el mundo se detuvo. El viento parecía haberse llevado el ruido y las voces, y solo quedaba ese sobre que parecía contener más que papel y tinta.

Me senté en el sillón junto a la ventana, dejando que la luz tenue del atardecer jugara con el sobre entre mis manos. Respiré hondo, temiendo y deseando a la vez descubrir lo que ocultaba. Rompí el borde con cuidado, como si cualquier movimiento brusco pudiera destruir aquello que estaba a punto de revelarme.

Dentro, apenas dos palabras:

“No vuelvas.”

Nada más. No había explicación, ni firma, ni indicios de quién o por qué. Pero para mí, esas palabras resonaron con un eco mucho más profundo que su simple lectura. Fue como si todo el aire de la habitación se hiciera más denso, más pesado.

Pasé horas tratando de entender. Cada recuerdo, cada conversación, cada silencio compartido vino a mi mente con una intensidad que dolía. ¿Quién había escrito esas palabras? ¿Era una advertencia, una súplica, una condena? ¿O quizás un intento de protegerme de algo que yo no alcanzaba a comprender?

La caligrafía, esa mezcla entre firmeza y delicadeza, me decía que la persona que había escrito la carta me conocía como nadie más. Eso me hizo temblar. Porque no sabía si debía temerle o buscarla.

Durante días, la carta fue un misterio que me perseguía. La guardé en un cajón, como si ocultarla pudiera hacerla desaparecer. Pero cada vez que la sacaba para mirarla, el papel parecía quemar mis dedos.

Empecé a notar cosas extrañas. Sombras que se movían en los reflejos, susurros en el viento cuando la ciudad dormía, y esa sensación persistente de que alguien, o algo, vigilaba mis pasos.

Esa noche, cuando la luna estaba apenas un suspiro en el

cielo, tuve un sueño inquietante. Caminaba por un bosque desconocido, con hojas secas crujientes bajo mis pies. Al frente, una figura envuelta en neblina me hablaba sin voz, y sus labios apenas se movían: “No vuelvas.”

Desperté con el corazón acelerado y la carta en mi mano, como si hubiera cobrado vida propia. Fue entonces cuando entendí que no podía ignorar ese mensaje. Que detrás de esas dos palabras había un enigma que necesitaba resolver, aunque eso significara adentrarme en un laberinto sin salida.

El día amaneció gris, y mientras la ciudad despertaba lentamente, yo sabía que mi camino ya no sería el mismo. La carta había abierto una puerta invisible, una puerta que me llevaba hacia ella, hacia la verdad, hacia lo que aún no podía comprender del todo.

## Capítulo 4 – Bancas vacías, relojes rotos

El parque había cambiado, aunque a simple vista parecía el mismo lugar que tantas veces habíamos visitado. Caminaba entre senderos cubiertos de hojas húmedas, ese olor a tierra mojada que siempre me recordaba a nuestras charlas bajo la lluvia, y sin embargo, algo en el aire se sentía diferente, como si el tiempo hubiera decidido tomar otro rumbo sin avisarme.

La banca, esa vieja banca de madera gastada que había sido testigo silencioso de tantos momentos, me esperaba. Me acerqué con la sensación de entrar a un santuario. Pero al poner mi mano sobre ella, la textura áspera y fría me sorprendió. Una tabla estaba rota, faltaba, dejando un hueco que no había antes. Era una ausencia física que parecía gritar, como si el parque hubiera perdido una parte de su alma.

Mis ojos se posaron entonces en una inscripción nueva, tallada con precisión en la madera intacta. Una fecha, marcada con letras firmes, que aún no había llegado: un futuro que se hacía presente en ese instante.

El peso de esa cifra en el tiempo me hizo detener el aliento. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Era una señal? ¿Un aviso o una promesa? El eco de esas preguntas resonaba en mi mente mientras miraba a mi alrededor. El parque estaba vacío, extraño para la hora y el día, sin los niños corriendo ni las voces lejanas de los paseantes. Solo el susurro del viento

entre las ramas y el ritmo pausado de la lluvia que comenzaba a caer.

Los relojes del parque, que alguna vez marcaron cada segundo de nuestras esperas, parecían haberse detenido. No marcaban hora, ni minutos. Como si el tiempo mismo se hubiera roto y se hubiera congelado en ese preciso momento, entre la fecha y la ausencia de la tabla.

Me senté con lentitud, sintiendo el frío que emanaba de la madera, mientras trataba de encontrar sentido a aquella escena que parecía un acertijo. Pensé en ella, en sus palabras que a veces parecían enigma y a veces verdad clara. ¿Acaso este mensaje estaba dirigido a mí? ¿Era una advertencia para no avanzar? ¿O una invitación para esperar lo inevitable?

La lluvia se hizo más intensa, y las gotas comenzaron a formar pequeños charcos sobre la banca, distorsionando la inscripción, como si el tiempo quisiera borrar lo escrito y hacer que el misterio volviera a ser solo eso: misterio.

Miré el cielo gris, sintiendo que las nubes pesaban no solo sobre la ciudad sino también sobre mi alma. ¿Cuánto tiempo más podría esperar? ¿Qué significaba ese futuro que ya estaba allí, tallado en la madera?

En ese momento comprendí que aquel parque, con sus bancos vacíos y relojes rotos, era un espejo de mi propia incertidumbre. Un lugar donde el tiempo se negaba a avanzar hasta que las preguntas encontraran respuestas.

Cerré los ojos por un instante, intentando escuchar no solo el sonido de la lluvia sino también ese murmullo invisible que parecía susurrar entre las hojas.

Entonces, como si el viento quisiera susurrarme un secreto, sentí una presencia cercana. No una presencia física, sino una que habitaba el aire, una que me hacía saber que no estaba solo en aquel parque detenido en el tiempo.

Abrí los ojos y supe que algo estaba por cambiar. Que esa banca, esas fechas y esos relojes rotos eran más que símbolos. Eran señales. Señales que me empujarían a enfrentar verdades que hasta ahora había evitado.

Y aunque nadie más podía verlo, en ese parque silencioso, bajo la lluvia que parecía eterna, entendí que estaba a punto de cruzar una frontera invisible entre lo conocido y lo desconocido.

## Capítulo 5 – La llamada de las 3:17

La madrugada tiene un silencio distinto. Es un silencio pesado, como si el mundo contuviera el aliento, y solo quedara espacio para los pensamientos que se enredan en la oscuridad. Esa noche, mientras la ciudad dormía, mi teléfono rompió la quietud con un sonido agudo y penetrante.

En la pantalla apareció un número desconocido, un código vacío que no decía nada, pero que logró erizar mi piel con solo verlo. El reloj marcaba las 3:17, una hora extraña, como sacada de un cuento donde el tiempo se dobla sobre sí mismo y las reglas dejan de importar.

Con las manos temblorosas, atendí la llamada, esperando al menos una voz, una palabra, cualquier señal de vida al otro lado. Pero solo escuché la lluvia. La misma lluvia que parecía caer eternamente en el parque, que había mojado aquella banca y que en algún momento había acompañado nuestras conversaciones silenciosas.

El sonido era constante, hipnótico. El golpe de las gotas contra un techo invisible parecía susurrar secretos que no alcanzaba a comprender. ¿Era una broma? ¿Un error? ¿O acaso un mensaje cifrado? Colgué lentamente, sin saber si debía sentir alivio o temor.

La noche siguiente, y la siguiente, el mismo ritual. A las 3:17, el teléfono sonaba. A veces, solo lluvia. Otras, esa misma lluvia acompañada por una voz, tan baja que apenas era un susurro, pero suficiente para helar la sangre. Una voz



que pronunciaba mi nombre con una mezcla de cariño y urgencia, como si intentara llegar desde un lugar lejano y olvidado.

Cada vez que respondía, sentía que cruzaba una frontera invisible. El tiempo parecía ralentizarse, y la habitación se llenaba de un aire denso, cargado de presagios y promesas que no lograba descifrar. Me quedaba en silencio, escuchando, intentando comprender el mensaje oculto en ese sonido tan simple y a la vez tan profundo.

Los días se convirtieron en una espera febril. Esperaba la llamada con el corazón en la garganta, atrapado entre la esperanza de escuchar algo que aclarara mis dudas y el miedo a descubrir verdades que preferiría evitar. La rutina de esas llamadas nocturnas se volvió un ancla y un laberinto a la vez.

Intenté grabar una de las llamadas, pero la grabación solo capturaba estática y el sonido tenue de la lluvia, como si el mensaje verdadero se transmitiera en un lenguaje que los aparatos no podían captar.

Comencé a notar detalles extraños a mi alrededor. Luces que parpadeaban sin razón, sombras que parecían seguirme, y la sensación constante de que alguien o algo observaba mis movimientos desde la penumbra.

Una noche, durante una de esas llamadas, la voz susurró algo distinto, una frase que quedó grabada en mi memoria: “El tiempo no olvida, pero el destino siempre cambia.”

Esa frase fue como un disparo en la oscuridad. No sabía qué significaba, pero sabía que era la clave para entender el camino en que me había embarcado, un camino que conectaba la llamada, la carta, el café y esa presencia que parecía jugar con mi realidad.

Sabía que no podía ignorarlo. Que detrás de la llamada de las 3:17 había un mensaje que necesitaba descifrar, aunque cada respuesta solo trajera más preguntas.

Y en ese juego de sonidos, susurros y silencios, comprendí que estaba frente a un misterio que iba mucho más allá de lo que podía imaginar.

## Capítulo 6 – La mujer que hablaba con espejos

Era una tarde sin sol, un día en que el cielo parecía cargar con el peso de mil secretos que se negaban a ser revelados. Caminaba sin rumbo por calles desconocidas, esas que uno descubre solo cuando el destino decide desviarnos del camino habitual. Las sombras se alargaban con lentitud y el viento susurraba entre los árboles, arrastrando hojas secas que danzaban en un vals silencioso.

Fue entonces cuando la vi: una tienda antigua, escondida en una esquina olvidada, con una fachada de madera gastada y ventanas cubiertas por un velo de polvo y tiempo. El letrero colgaba torcido, casi oculto entre la maleza que empezaba a crecer en las aceras. La curiosidad me empujó a acercarme.

Al cruzar el umbral, el aire cambió. Entré en un mundo suspendido, donde el tiempo parecía haberse detenido. El aroma a incienso mezclado con el polvo de siglos invadió mis sentidos. Estanterías abarrotadas de objetos curiosos — relojes sin manecillas, frascos con líquidos desconocidos, libros encuadernados en piel— se extendían en un laberinto silencioso.

Y allí, en medio de aquella penumbra, un espejo gigantesco capturó toda mi atención. Su marco, tallado con una precisión casi obsesiva, parecía contar historias a través de sus detalles enredados: flores marchitas, figuras humanas, ojos que parecían seguir cada movimiento.

Frente a ese espejo, una mujer estaba parada. Su figura era etérea, casi como una sombra hecha carne. Vestía un vestido negro que parecía absorber la luz, y su cabello, recogido con pulcritud, dejaba al descubierto un rostro pálido y sereno. La observé en silencio, fascinado por la escena.

La mujer hablaba, pero no emitía sonidos audibles. Sus labios se movían en un susurro mudo, palabras que solo el espejo parecía entender. Era como si compartiera con su reflejo un secreto demasiado grande para ser pronunciado.

De repente, sus ojos se volvieron hacia mí, y una oleada de reconocimiento me atravesó el pecho. Era ella. No la que conocía, no la que veía en la luz del día, sino una versión diferente: profunda, distante, cargada de un misterio que se escapaba de toda explicación.

Quise hablar, acercarme, tocarla, pero antes de que pudiera dar un paso, la mujer se desvaneció. No desapareció con un movimiento brusco, sino que se disolvió lentamente, como si el espejo la absorbiera de nuevo en sus profundidades.

Solo quedó el reflejo vacío, una sombra oscura que parecía absorber toda la luz de la habitación. En ese silencio pesado, algo cayó del marco: una nota pequeña, frágil, con tinta que parecía desvanecerse.

La recogí con manos temblorosas. En la nota solo había una frase:

“No todo se refleja en los espejos. Algunos secretos están

destinados a quedarse en la sombra.”

La frase me quedó grabada, resonando en mi mente como un eco persistente. Salí de la tienda con el corazón encogido y la cabeza llena de preguntas que no encontraban respuestas.

Desde aquel día, cada vez que paso frente a un espejo, siento una presencia que va más allá de mi reflejo. Es como si me observara alguien más, alguien que conoce secretos que ni siquiera yo puedo imaginar.

He empezado a notar detalles extraños: imágenes fugaces en el vidrio, destellos que no corresponden a la realidad, susurros en el silencio de la noche. Cada espejo parece ser una puerta a un mundo paralelo, un umbral que conecta lo visible con lo oculto.

Me pregunto cuántas veces he mirado un espejo sin saber que alguien más me estaba mirando. Cuántas historias quedan atrapadas en ese cristal frío, esperando a ser liberadas.

Y mientras camino por calles que cambian con la luz y la sombra, sé que ese encuentro fue solo el comienzo. Que la mujer que hablaba con espejos dejó una marca indeleble en mi vida, una marca que me empujará a descubrir verdades ocultas y enfrentar sombras que siempre he temido.

Porque no todo lo que vemos es real. No todo lo que reflejan los espejos es verdad.

Algunos secretos solo existen en la penumbra.

Y algunos misterios están destinados a cambiarlo todo.

## Capítulo 7 – La promesa olvidada

Las promesas tienen una extraña cualidad: no son solo palabras pronunciadas al viento. Son ecos que se arrastran en el tiempo, sombras que se aferran al alma, silencios que gritan en la distancia. Hay promesas que se hacen bajo la luz cálida del día y otras que se susurran en la penumbra, en momentos donde solo el corazón sabe escuchar.

Aquella noche era una de esas en que el mundo parecía dormirse y despertarse al mismo tiempo, como atrapado en un sueño donde nada es seguro, pero todo es posible. Caminaba sin rumbo fijo, guiado por un impulso que no comprendía del todo, hacia un lugar que llevaba años evitando. Un rincón escondido, perdido entre árboles y senderos que parecían haberse olvidado del tiempo, un lugar que ella había llamado “el santuario de las promesas”.

Mientras avanzaba, el frío nocturno me envolvía como un manto invisible. La brisa traía consigo aromas de tierra mojada y hojas secas, mezclados con un leve perfume que me recordó a ella, aunque sabía que no podía estar cerca. Sentí que ese lugar guardaba secretos que aún no estaba listo para enfrentar, pero que de alguna manera me llamaban con una urgencia silenciosa.

Llegué a un viejo árbol, imponente y viejo, con raíces que se enredaban en la tierra como manos que aferraban el pasado. Su tronco tenía marcas, cicatrices del tiempo y la historia, y en una de ellas encontré una pequeña caja de madera, oculta entre las hojas. Al tocarla, sentí un estremecimiento que

recorrió todo mi cuerpo.

Con manos temblorosas abrí la caja, y dentro había un papel arrugado, amarillento, con una escritura que parecía danzar entre la tinta y el olvido. Leí las palabras en voz baja:

“Si alguna vez el tiempo nos separa, busca en este lugar. Allí estará la respuesta que tu corazón necesita.”

Esas palabras fueron como un susurro del pasado que atravesó mi presente, un mensaje que parecía tejido entre lo real y lo imposible. ¿Qué respuesta? ¿Qué promesa? ¿Y por qué ahora, tantos años después, ese mensaje volvía a mí con tanta fuerza?

Me senté bajo el árbol, dejando que la noche me envolviera, mientras los sonidos de la ciudad quedaban lejos, apagados por el silencio del bosque. El murmullo del viento entre las hojas parecía hablarme, trayendo ecos de voces olvidadas, de risas que alguna vez llenaron ese lugar y de secretos que no pudieron ser contados.

En ese instante, recordé todas las veces que ella habló del destino, de caminos cruzados que no son casualidad, de promesas hechas en secreto, juramentos silenciosos que solo dos almas entienden y que deben cumplirse cuando el tiempo lo decide.

Pero ¿cuál era ese tiempo? ¿Y qué había cambiado para que ahora me enviara este mensaje, esta señal que parecía un faro en la oscuridad?



Mientras meditaba, sentí una presencia, una sombra que no estaba en el mundo visible, pero que podía sentir. Era una presencia que me observaba, quizá esperando que yo estuviera listo para descubrir lo que se había ocultado durante tanto tiempo.

Guardé la caja y el papel en el bolsillo, y me levanté lentamente. La luna, que hasta entonces había estado oculta tras las nubes, asomó entre ellas, bañando el sendero con una luz plateada y fría. Parecía una señal, un indicio de que ese era solo el comienzo de un camino que tendría que recorrer.

Caminé hacia la salida del bosque, con la mente llena de preguntas y el corazón pesado, sabiendo que esa promesa olvidada era una llave que abriría puertas que nunca imaginé.

Y mientras me alejaba, sentí que el tiempo, ese viejo guardián, comenzaba a moverse de nuevo, marcando el ritmo de un misterio que aún estaba por revelarse.

## Capítulo 8 – Ecos entre sombras

El crepúsculo descendía lentamente, como una cortina de terciopelo que cubría la ciudad con su manto de penumbra y silencio. Los últimos rayos de sol se filtraban entre las hojas de los árboles, dibujando sombras largas y extrañas que parecían estirarse más allá de la realidad, tocando un mundo que pocos se atreven a explorar.

Caminaba por esas calles que a simple vista eran familiares, pero que en esa hora crepuscular adquirían una personalidad distinta. Todo parecía más denso, más cargado de secretos no contados. Los sonidos habituales —el murmullo lejano de autos, las voces apagadas— se habían transformado en ecos difusos, como si la ciudad entera contuviera el aliento, a la espera de algo.

Mis pasos me llevaron sin rumbo a un callejón angosto y casi olvidado, un lugar donde la oscuridad parecía espesarse como una niebla impenetrable. En ese rincón, justo donde la luz luchaba por sobrevivir, una figura emergió de las sombras. No era ella, pero la manera en que se movía, con la misma lentitud y determinación, me recordó a alguien que una vez me enseñó a esperar sin desesperar.

La figura extendió una mano hacia mí, y en sus dedos reposaba un pequeño objeto envuelto en un papel desgastado, amarillento por el tiempo y la humedad. Sin pronunciar palabra, dejó caer el paquete a mis pies y se desvaneció tan rápido como había aparecido, como un fantasma que se escapa antes de ser atrapado.

Con cautela, recogí el paquete, sintiendo el peso de algo mucho más grande que su tamaño. Deslicé los dedos con lentitud para deshacer el envoltorio, revelando un espejo diminuto, del tamaño de la palma de una mano, con el marco delicadamente trabajado en plata vieja y detalles tan finos que parecían susurrar historias antiguas.

Pero al mirar el reflejo, no vi mi propio rostro. En cambio, el cristal mostraba imágenes fragmentadas, difusas, como recuerdos extraídos de un sueño inconcluso. Figuras que se entrelazaban en escenas imposibles: una risa lejana, un rostro conocido, un sendero cubierto de hojas caídas, una canción apenas recordada que flotaba en el aire.

Mientras contemplaba el espejo, un susurro casi inaudible se deslizó entre el viento que comenzaba a soplar. Era una voz tenue, que parecía surgir desde las profundidades de mi mente, diciendo:

“Lo que buscas no está en la luz, sino en las sombras que temes enfrentar.”

El latido de mi corazón se aceleró, mezclándose con el sonido suave de la lluvia que comenzaba a caer, como si el cielo quisiera unirse a aquel momento de revelación y misterio. La humedad del aire envolvía cada cosa, y la noche se hacía más intensa, más densa, como si el tiempo se estuviera plegando sobre sí mismo.

Comprendí entonces que ese pequeño espejo no era un mero

objeto, sino un mensaje codificado, un fragmento de un enigma mayor que debía descifrar. Era una puerta hacia preguntas sin responder, hacia un laberinto invisible donde las certezas se desvanecen y solo quedan sombras y ecos.

Durante días posteriores, me vi envuelto en un torbellino de pensamientos y sensaciones. Las imágenes del espejo aparecían en mis sueños, y al despertar, las palabras susurradas seguían retumbando en mi cabeza, desafiándome a seguir adelante a pesar del miedo y la incertidumbre.

Comencé a notar detalles insólitos en mi entorno: reflejos que no coincidían, sombras que parecían tener vida propia, sonidos lejanos que ningún otro parecía escuchar. Todo parecía converger hacia un destino que se hacía más cercano y, al mismo tiempo, más insondable.

Cada paso que daba me acercaba a un umbral invisible, a un juego donde las reglas eran inciertas y las respuestas sólo multiplicaban las preguntas. Sabía que debía aceptar esa dualidad, entender que la búsqueda no era lineal, sino un vaivén constante entre la luz y la oscuridad.

Mientras la noche se profundizaba y la lluvia golpeaba los cristales de las ventanas, supe que el camino por delante estaría lleno de enigmas. Que las sombras guardaban secretos que sólo podrían ser revelados a quienes tuvieran el valor de mirar más allá del reflejo.

Y aunque el miedo seguía presente, entendí que la única manera de avanzar era aceptar esos ecos entre sombras, dejar

que guiaran mis pasos hacia la verdad oculta, esa que esperaba paciente y eterna en el silencio de la noche.

Porque en ese juego de luces y sombras, lo real y lo oculto se entrelazan en una danza eterna. Y sólo los que se atreven a escuchar los susurros de las sombras pueden encontrar el camino hacia la luz.

## Capítulo 9 – La carta sin remitente

La ciudad despertaba lentamente, pero en mi interior la noche aún no terminaba. Aquella mañana encontré sobre mi mesa una carta que no recordaba haber visto antes. No tenía sello ni dirección, solo un sobre sencillo, de papel amarillento y bordes gastados, como si hubiera viajado siglos para llegar hasta mí.

Abrí el sobre con manos que temblaban, sin saber qué esperaba encontrar, aunque el instinto me decía que no sería una simple misiva. Dentro, un solo papel doblado cuidadosamente, con una caligrafía antigua y elegante, que parecía escrita por alguien que conocía secretos olvidados.

Las primeras líneas eran un susurro:

“Para quien aún escucha el eco de lo que no se dice, para quien siente la ausencia en medio del ruido, para quien busca respuestas en el silencio...”

Las palabras parecían flotar, invitándome a sumergirme en un relato que no era solo historia, sino advertencia, confesión y promesa.

La carta hablaba de un tiempo detenido, de encuentros que solo ocurren cuando las estrellas se alinean en silencio, de promesas hechas en susurros y juramentos que no pueden romperse sin que el mundo tiemble.

Me hablaba de ella, aunque sin nombrarla. De su

impaciencia, de sus miedos y de un destino tejido con hilos invisibles que aún no comprendo del todo. Decía que el tiempo que había pasado no era vacío, sino un espacio lleno de señales, pruebas y decisiones que marcarían el camino.

“Cada instante de espera tiene su razón, aunque la mente no la entienda y el corazón se canse. Lo que parece ausencia es presencia oculta, y lo que parece silencio es un diálogo secreto entre almas.”

Mientras leía, sentí que las palabras cobraban vida, que el papel latía con un ritmo propio y que el mensaje iba más allá de la tinta y el papel, conectando con algo profundo dentro de mí.

El último párrafo era una invitación y una advertencia:

“Prepara tu alma para el próximo encuentro. No todo será claro, no todo será justo, pero todo tendrá sentido cuando el último velo caiga. Hasta entonces, confía en lo que no ves y en lo que no entiendes.”

Cerré la carta con un nudo en la garganta y la mirada perdida en el vacío. ¿Quién la había escrito? ¿Cómo había llegado hasta mí? ¿Qué secretos escondía? Y, sobre todo, ¿qué era ese último velo del que hablaba?

El día siguió su curso, pero nada volvió a ser igual. La carta había sembrado en mí una semilla de inquietud y esperanza, una mezcla que no me dejaba respirar con normalidad.

Cada sonido, cada sombra, cada palabra dicha o callada parecía tener un significado oculto, un mensaje cifrado que debía aprender a descifrar.

En ese instante comprendí que la carta sin remitente no era solo un papel, sino un portal hacia un misterio mayor, uno que me exigiría valentía, paciencia y una fe inquebrantable en lo invisible.

Y aunque muchas preguntas quedaban en el aire, una certeza empezó a tomar forma en mi mente: la historia apenas comenzaba, y el juego de luces y sombras que ella había iniciado no terminaría hasta que todas las piezas encajaran.



## Capítulo 10 – La sombra que espera

El silencio era absoluto, pero no tranquilizador. Era ese tipo de silencio que pesa, que respira, que observa. Me encontraba en un lugar donde el tiempo parecía haberse detenido, un espacio entre la realidad y el sueño, donde nada era seguro y todo podía cambiar en un parpadeo.

Delante de mí, una sombra se movía lentamente, casi imperceptible. No tenía forma definida, no tenía rostro, pero sabía que estaba ahí, esperándome. Esperando algo que ni siquiera yo comprendía del todo.

Intenté acercarme, pero mis pasos se volvían más pesados, como si el aire se espesara a mi alrededor. La sombra parecía jugar, deslizarse entre la luz y la oscuridad, siempre un paso adelante, siempre fuera de alcance.

En su silencio, parecía susurrar secretos que no estaban destinados a ser entendidos todavía. Preguntas sin respuestas, promesas sin cumplir, destinos entrelazados en un juego que aún no había terminado.

La sombra me miró —o al menos eso sentí— con una intensidad que atravesó mi piel y se clavó en el alma. Y entonces, antes de que pudiera decir algo, desapareció en un suspiro, dejando tras de sí una sensación de vacío y un eco de misterio.

Me quedé solo, con más preguntas que respuestas, con la

certeza de que todo lo vivido hasta ahora era solo la antesala de algo mucho más grande. Algo que esperaba paciente, en las sombras.

Y mientras la oscuridad me envolvía, supe que el próximo capítulo estaba por comenzar. Que las respuestas llegarían, pero a un precio que aún no estaba listo para pagar.

La sombra espera.

Entre sombras camina, sin ser vista ni tiempo  
definida,  
guarda secretos que la lluvia no olvida.  
Su nombre es silencio, su aliento es canción,  
pero solo aparece en la punta de la razón.

Busca en el parque donde el viento susurra,  
la banca que aguarda, la llave que no murmura.  
Solo aquel que se atreve a ver sin mirar,  
descifrá el enigma que la noche quiere  
guardar.

¿Qué es ella?

## Epílogo

El eco de sus pasos se desvanece lentamente en el silencio del parque. La lluvia, que parecía un murmullo constante, cesa sin advertencia, dejando tras de sí un aire cargado de promesas no dichas.

Nada está completo, nada termina aquí. Lo que creímos entender se disuelve en sombras, y las respuestas que encontramos solo multiplican las preguntas que aún esperan su turno.

Ella se ha ido, pero su presencia queda como un susurro en la memoria, una huella invisible que guía, confunde y llama a la vez.

El juego continúa. El tiempo no perdona ni olvida. Y nosotros, atrapados en sus giros, solo podemos esperar.

Esperar que la lluvia regrese.

Esperar que las sombras se aclaren.

Esperar que el próximo capítulo nos revele, quizás, un poco más.

Porque en esta historia, como en la vida, no hay finales definitivos. Solo pausas.

Y ella... ella siempre vuelve.

# Sinopsis

En un rincón olvidado del tiempo, bajo la lluvia que parece detener el mundo, surge ella: una presencia misteriosa que cambia todo sin decir una palabra. Entre parques silenciosos, promesas susurradas y espejos que reflejan más que rostros, comienza un juego invisible donde el destino y la casualidad se entrelazan.

Él, un guardián de secretos y canciones, intenta descifrar sus silencios y entender la magia oculta en sus pasos. Pero cada encuentro, cada instante compartido, abre puertas a preguntas que nadie sabe cómo responder.

Este primer libro es solo el umbral de una saga que se despliega en diez capítulos, donde lo inexplicable se vuelve palpable y lo imposible, una esperanza.

Un viaje de misterios y emociones, de esperas y encuentros, donde la única certeza es que nada es lo que parece.

¿Te atreves a descubrirla?